EL PRINCIPITO

[Fabio Angelli - http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/]

Después de treinta y cinco años en aquella oficina habla mucho menos. El entusiasmo de los primeros momentos se fue paulatinamente atenuando y ya no se pone a charlar con todo el mundo, se limita a intercambiar palabras con quienes acostumbran a contestarle algo más que un monosílabo y con los demás no pasa de los buenos días. Después de treinta y cinco años allí ya no piensa en muchas cosas, ni siquiera en el lugar del que procede y del que se enorgullecía hablar en el pasado. Había entregado el currículo como en un juego, como si se tratara de una nueva aventura, una de esas a las que se lanzaba con alegría, y luego se había presentado para la entrevista con su pequeño uniforme planchado y había aceptado de buen grado las bromas inocentes sobre la diminuta espada que colgaba del cinturón. Con los compañeros al principio solía burlarse de su reducida estatura pero ahora le parece incluso haber encogido, hasta el punto de hacerse invisible. Hace treinta y cinco años quizás hubiera apostillado agudamente que las cosas más importantes son las que no se ven, pero ahora ya no le encuentra la gracia.

Ha dejado de ponerse el uniforme, le queda flojo y los puños están algo deshilachados. La espadita ya no pega con la nueva camisa blanca y cuelga en un armario con los galones de un tiempo que no sabe bien cuándo ha empezado a parecerle ajeno, como un planeta lejano.

Han pasado treinta y cinco años y se siente ahogar en su cubículo, es demasiado pequeño y vacío y se atormenta con una sensación de *dejà-vu* que ya no consigue despachar dejándose acunar por la imagen del baobab del fondo de pantalla de su PC. Recuerda que antes le parecía sosegadora y se dejaba arrastrar lejos de ahí hasta donde quiera que estuviese esa paz de sombra templada bajo la plácida copa del árbol rodeado de un silencio amarillo. En cambio ahora no consigue detenerse a mirar la imagen sin ser asaltado por la idea de que en cualquier momento el baobab salte de su escritorio y luego otro y otro más, y ocupen su despachito hasta que ya no quede aire entre las ramas. Se imagina aplastado entre los troncos y descubre que todo es cuestión de perspectivas y que si en el medio de la sabana se diluyen en la nada que les rodea, los baobabs se convierten en trastos de cuidado dentro de un cubículo tan diminuto como el suyo y teme que la oficina vaya a estallar. Entonces es cuando aparta la mirada y se vuelve a centrar en el trabajo, que a fin de cuentas es lo que le impulsa a despertarse cada mañana.

Concentrarse le hace bien y le sacude de encima la melancolía que a veces le obliga a tratar de recordar lo que hacía antes, aunque no sabría decir con exactitud qué era. Treinta y cinco años son suficientes como para hacerte pensar que lo son todo, sin embargo supone que lo que hacía antes era importante, algo serio. Pero luego se centra otra vez en su trabajo y vuelve a estar bien. Ha aprendido a hacerlo.

Hace años, cuando todavía sólo llevaba seis o siete en la oficina, tenía un truquillo para esos momentos en los que caía víctima de la melancolía. Lo que más le gustaba en el mundo, lo que desde siempre sabía llegarle al corazón era perderse en una puesta de sol, disfrutando de las imperceptibles variaciones de los tonos del naranja hacia el morado y el azul. En su cubículo por supuesto no cabía una puesta de sol, pero un día por casualidad se topó con una página en la red que le fue de gran ayuda durante un tiempo. Cada vez que lo necesitaba entraba en puestasdesol.net y, dependiendo de la hora, podía conectarse a una webcam en alguna parte del planeta en la que el sol estuviese a punto de ponerse. Podía escoger incluso entre un entorno urbano y la paz del campo, si se decantaba por una playa exótica o si le apetecía ver ponerse el sol entre los árboles de un bosque y esperar que el rojo del horizonte se filtrase entre las hojas imitando el fulgor de un incendio. Al cabo de unas semanas empezó a darse cuenta de que no podía resistirse y que cada vez más aprovechaba pequeños momentos en los que nadie le miraba para ver como se moría el día en diversos rincones de este planeta tan grande. Todas las mañanas, al entrar en la oficina, se proponía no volver a hacerlo, que eso tenía que estar mal, que se estaba convirtiendo en vicio. Sea como fuere, después de un par de meses, le llamaron del despacho del Señor Director que le echó una buena reprimenda y que le tenía preparada una carta de amonestación. Se había puesto delante de su mesa con la cabeza gacha dispuesto a escuchar lo que ya se esperaba; que en los últimos tiempos se habían multiplicado los descansos internáuticos y que la IP de su terminal había registrado hasta cuarenta y tres entradas en puestasdesol.net en un solo día. ¡Inaceptable! Había exclamado el Señor Director. Luego, cuando pensaba que había acabado y que iba a dejarle volver al trabajo, había añadido que no podía permitir que los empleados perdieran el tiempo en tonterías o en cosas personales en horario de trabajo y que la conexión de la que disponen es para asuntos relacionados con la empresa. «Hombre, yo entiendo que se mire un segundo el correo personal, vale, no nos vamos a poner estrictos. Además a mí me refanfinfla -perdone Usted la expresión- lo que cada uno hace o deje de hacer siempre que eso no afecte a los intereses o a la imagen de la empresa, así como me traen al pairo los gustos de mis asalariados, que un servidor es hombre de mundo y ha hecho una guerra, para que vea Usted, pero también quiero

decirle algo: lo suyo me ha dejado pasmado, sí señor. ¡Es Usted un cursi!»

Había vuelto al despacho profundamente tocado por aquellas palabras y sobre todo porque en la vida nadie le había llamado cursi. Tuvo miedo que el Señor Director tuviese razón y decidió no preguntar a los compañeros para no llevarse otro disgusto.

Ahora, después de tanto tiempo, se da cuenta de que ya no hay vuelta atrás, lo que era un juego ha dejado de serlo desde hace demasiado tiempo y ahora es lo único que tiene. Ha estado demasiado centrado en si mismo como para entender lo que de verdad estaba pasando y cómo progresivamente se quedaba atrapado en su trabajo hasta el punto de que ahora no puede dejarlo, fingiendo que todo seguiría igual, porque nada sigue igual, nada se parece ya al mundo que tenía antes; ha sido demasiado egoísta para escuchar de verdad a nadie y ha estado tan convencido de sus cuatro teorías que siempre se había empeñado más en desbaratar las perspectivas de los demás con su perspicacia y original retórica que en tratar de aprender algo de quienes le rodearon, viviendo cada vez más como una flor en una campana de cristal, para que todo el mundo pudiera admirarlo, eso sí, y sin embargo creando una barrera que no permitió que nadie le amase de verdad.

Recuerda al aviador y le entran ganas de ver una puesta de sol pero se contiene. Ni siquiera sabe su nombre. Se arrepiente de no haberle ayudado a reparar su aeroplano; se había limitado a contarle cosas de su planeta y a decirle que él sí se preocupaba de cosas importantes. El aviador fue la persona que más se le había aproximado, el que más cerca había estado de ser su amigo. Y él lo había rechazado. No conscientemente, claro, pero sí con su actitud de sabiondo, con su egoísmo, con su intolerancia, creyendo que el aviador, como todos los demás, siempre estaría ahí para él cuando lo necesitara. Pero la gente se cansa, es normal.

De vez en cuando, al acabar el turno, lo busca en facebook. Tiene agregados a algunos compañeros de la oficina con los que sólo ha intercambiado unos cuantos mensajes justo después de crear su perfil, pero luego nada más. Ya está acostumbrado a no ver ninguna solicitud de amistad. Pone su clave y luego teclea AVIADOR en el buscador pero quizá él tenga otro nick. Lástima que sólo le conozca por la que fue su profesión. ¿Qué será de él?

Lleva treinta y cinco años en esta empresa y teme que cuando se jubile todavía sea peor. Se siente solo, como una flor debajo de una campana de cristal.